

SESQUICENTENARIO DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR.

Palabras pronunciadas por el embajador, Indalecio Liévano Aguirre, durante la reunión solemne en las Naciones Unidas.

Señor presidente:

La delegación española acude con satisfacción a esta cita del Grupo Latinoamericano a rendir homenaje y conmemorar el 150 aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

Como cualquier ser humano, por anodino que sea, en Bolívar se entremezclan intimamente y dan, finalmente, el sello característico a su figura, la realidad y el sueño que en el caso concreto del Libertador alcanzaron la trascendencia universal del personaje, de lo que hizo y de lo que quiso hacer.

Lo que hizo está en los libros de historia: hizo surgir a la vida independiente a nuestros pueblos, parte importante del imperio español, después de quince años de una guerra cruel y devastadora, una guerra a fin de cuentas, entre hermanos. Los tiempos eran propicios, los pueblos de América estaban predispuestos y maduros para gobernarse a sí mismos, la historia había caminado hasta esa encrucijada y no podía detenerse.

La historia empuja los acontecimientos por su propia dinámica y, además, decanta hechos y personas, y ello, con la perspectiva de estos ciento cincuenta años, Bolívar aparece como una figura que es universal, que es de todos, pero muy especialmente de nosotros los hispano parlantes, incluyendo clarisimamente a los españoles. Creemos que de igual modo que poseemos juntos una lengua, unos estilos de pensar y de vivir, compartimos también, sin connotaciones étnicas un acervo humano, comisión que es notoriamente de nosotros todos, más que de otros y, en el que, junto con Cervantes, Bello, Rubén Darío y Quevedo, están

Pizarro, Orellana, Valdivia, San Martín, Hidalgo, Benalcázar y Morello. En esa pléyade numerosa, ocupa sitio de honor Simón Bolívar.

Y si, de las realidades de su existencia terrestre, volvemos la mirada a lo que no pudo ser realidad y quedó solamente en sueño, comprobamos que como soñador y precursor fue quizás el más grande de los próceres independentistas. Vio en su tiempo los peligros y amenazas que suponían los Estados Unidos y la Santa Alianza para una América hispana, demasiado fragmentada, e intuyó que solo unidos en conjuntos más amplios y poderosos podrían desarrollarse las posibilidades y los recursos de los pueblos hispanoamericanos.

Desgraciadamente, unos factores físicos —las inmensas distancias, el recelo, la suspicacia, las ambiciones parroquiales— hicieron fracasar sus dos grandes proyectos: la Gran Colombia, que uniría en un solo y gran país a las tierras que formaron el virreinato de Nueva Granada, y la Confederación de Pueblos Hispanoamericanos. En 1829 Venezuela y, en 1830 Ecuador, se separan de la Gran Colombia y el 15 de julio de 1826, se disuelve el Congreso de Panamá después de tres semanas infructuosas, sin que a él hubieran asistido los países del cono Sur.

Hoy, cuando la integración y la cooperación entre los pueblos hispano parlantes, que España apoya y apoyará hasta el límite de sus posibilidades, es aún y quizás más, una necesidad imperiosa, no está de más recordar en este lugar la visión precursora y los esfuerzos denodados en tal sentido de ese Simón Bolívar a quien hoy rendimos todos homenaje.